

LOS 47 LONINES.

DRAMA JAPONÈS,

REFERIDO POR

Mr. Alfredo Roussiu.



ALBACETE:

Imprenta de La Unión.

1884.

El estudio del sistema de transporte
del puerto de San Pedro de Macoris
con el fin de determinar el
estado actual de las instalaciones
y las necesidades de inversión
para su modernización y
mejora de la eficiencia de
los servicios de transporte
marítimo y terrestre que
se prestan en el puerto.
El estudio se realizó en
dos etapas: una de
recopilación de datos y
otra de análisis y
propuestas de solución.

I.

La literatura del misterioso y risueño pueblo japonés, del Imperio del sol naciente, nos es tan poco conocida que cualquiera de sus piezas vertida á los idiomas europeos debe considerarse como rica joya de inestimable valor, digna de figurar en las bibliotecas más clásicas y escogidas; y cuando la rareza de estas producciones no fuera título suficiente de mérito incontestable, se lo concedería siempre el racional deseo de conocer las costumbres de un pueblo cerrado al trato de las naciones hasta época muy reciente, y entreabierto al estudio de los sábios de nuestros días en el momento preciso

en que una profunda revolución, más radical que cuantas la Historia ha consignado en sus anales, cambia con rapidez y por completo, su fisonomía, sus costumbres, sus instituciones y sus leyes, arrancándolo á la petrificación asiática para convertirlo en un verdadero país europeo. Por estas razones creemos que al publicar M. Roussin su relato del drama titulado *Los 47 lonines*, que es clásico en la literatura japonesa, y el más popular de cuantos se representan en sus singulares teatros, prestó un verdadero servicio tanto á las bellas letras como á la Historia, y nos imponemos la pequeña molestia de traducirlo, alentados con la esperanza de que el público dispensará nuestras faltas en consideración á la importancia del asunto.

El drama cuya traducción ofrecemos es histórico: los 47 lonines son personajes que existieron y que llevaron á cabo la empresa que el poema refiere; y sólo los accidentes agrupados al rededor de la acción principal son la obra de la invención dramática. Las tumbas de estos he-

roes se conservan y veneran con religioso respeto en el Japón; y es frecuente que al iluminar los primeros rayos de la alborada aquellos encantados campos embalsamados por la camelia y el azahar, que los viajeros comparan á lujosos parques y cuidados jardines, bañen los ensangrentados cadáveres de heróicos suicidas al pié de aquellos sepulcros ^{de los} gloriosos mártires del honor japonés. Méenos de dos siglos há pasaron las terribles escenas de *Los 47 lonines*; pero el poeta las traslada á la edad media para evitar las susceptibilidades de familias que aún existen y que tuvieron su origen en los personajes del drama. ¡Que su lectura nos enseñe hasta qué punto pueden extraviarse las costumbres y la razón humana, y nos prevenga contra las funestas consecuencias de un pundonor fanático y exagerado.—José Bartrina.

Los cuarenta y siete lezines,

II.

El primer acto del drama pasa en el siglo XIII ó en el XIV en la ciudad de Kamakura. Los que han visitado el Japón conocen los bellos templos cuya presencia en la orilla de la mar, en medio de un verde valle á algunas léguas de Yokohama, indica aún hoy el emplazamiento de la primitiva residencia de los taikunes (1). Transportémonos allá en imaginación. Una animación inusitada reina en los alrededores del Castillo, cuartel aristocrático de la ciu-

(1) *Taikunes*. El imperio japonés estaba regido por dos emperadores; uno espiritual, de derecho divino, llamado *Mikado*, cuya autoridad era puramente nominal, y otro temporal llamado *Ziogun*, de la dinastía de los taikunes; por lo cual al *Ziogun* se le llama con frecuencia *Taikun*.

dad. Las calles, generalmente silenciosas y desiertas, ven abrirse sucesivamente las puertas macizas, única cosa que interrumpe la línea monótona de los largos recintos. Sobre cada una de estas puertas, se vé incrustado el escudo del noble propietario, en un círculo en relieve. El piquete de guardia se agacha en los dos lados de la entrada; y bien pronto el cortejo del *daimio*(2) haciendo su aparición en el fondo de los patios, se despliega en la calle formando larga fila. Delante vienen dos ugieres con la cabeza descubierta, previniendo al público que debe inclinarse ante el real cortejo; despues soldados llevando á la punta de largas picas diversos emblemas; escudos de cobre labrado, penachos de plumas blancas ó negras, banderas de diversos colores en que se lee el nombre y rango del dueño; á continuación guardias armados de arcos y lanzas; y en un

(2) *Daimio*. Señor feudal que gobierna sus estados hereditarios: Residen en la capital una parte del año, y cuando se ausentan dejan parte de su familia en réhenes,

grupo más compacto oficiales con dos sables á la cintura, y el mismo príncipe encerrado en su palanquin. Despues siguen uno ó varios caballos ricamente enjaezados, conducidos por palafraneros: en fin: una nueva série de guardias y un grupo de criados, llevan cajas barnizadas de laca y blasonadas. Estas cajas, que figuran el equipaje de su dueño, están vacias, pero tratándose de un acto oficial, el daimio no debe dar un paso sin llevarlas consigo.

Salidos á la misma hora de su cuartel, todos estos cortejos afluyen á una misma calle; el pueblo se apiña en la carrera, y medio prosternado, sentado sobre los talones, los mira desfilan con respetuoso silencio. ¿Se trata de algún gran consejo al cual el monarca habrá convocado la nobleza? Sin duda no; porque á su vez se vén pasar los cortejos de nobles damas, reconocibles en la ornamentación más coqueta de sus palanquines, y en las guarniciones de laca y de metal cincelado que dán á las lanzas de sus soldados de escolta un aspecto ménos guerrero.

Estas diversas comitivas se dirijen hácia el templo de Vatchiman: las armaduras de los guerreros célebres del Japón se conservan allí; según una costumbre periódica, se las debe exponer con gran pompa á los ojos de esta asamblea escogida.

Penetremos con ella en el parque que forma el templo, en sus innumerables anexos, en las boncerías que habitan los sacerdotes, recinto de umbrías seculares. Tribunas entapizadas, pavimentadas de finas alfombras de paja, han sido construidas al pié de la escalinata que conduce á la plataforma del templo. En el fondo de la tribuna central, sobre un estrado que se levanta algunos piés, y rodeado de cancelas, acaba de tomar asiento sobre un almohadón el Ziogun en persona. Algunos miembros de su familia están á sus lados. Delante de él, en un vasto recinto rectangular, limitado por tapices blancos que ostentan las armas taicunales, se colocan en largas filas los daimios en traje de corte, que consiste, en un ancho traje de seda, de co-

lor uniforme, cuya cola arrastra por el suelo con enormes mangas que ocultan enteramente el brazo, y que á la altura del codo ostentan bordadas las armas en un escudo, y en un alto y delgado gorro de laca negra guarnecido de una cinta cuyos dos extremos, anudados posteriormente, flotan sobre la espalda. Todos ellos han dejado el sable á los oficiales de su escolta, relegados fuera del recinto, y solo llevan un puñal en la cintura. Las damas nobles se han colocado en una galeria lateral; notemos de paso sus altos peinados de flores artificiales mezcladas á sus negros cabellos; sus trages con cola de sutiles telas y tiernos colores uniformes, sembrados de ricos dibujos en seda y oro.

Desde su asiento el Ziogun puede abarcar de una mirada esta muchedumbre elegida.

Más allá de los tapices, el parque se desarrolla con sus masas de verdura; despues se perciben los techos apiñados de la ciudad; las colinas laterales cubiertas de templos y de ver-

dosos cementerios; en fin, á lo léjos las aguas azules del golfo de Idsú, coronado por la forma vaporosa del volcán de Oosima. Una magnífica via, guarnecida de trecho en trecho de *toris* ó pórticos en bronce y piedra, se prolonga á través de la ciudad desde el eje del templo hasta la rívera de la mar. El último *tori* baña sus piés en las olas; y por esta maravillosa disposición el templo parece tener por asiento el infinito del Oceano.

Entre tanto, los oficiales de la corte han traído cofres barnizados de laca, de los cuales salen corazas, y cascos de toda clase.

Los dorados sin brillo, empañados, las lacas desconchadas, atestiguan que los antiguos poseedores llevaron largo tiempo aquellas armaduras en los combates. Un poeta de la corte recita versos en que se refieren las empresas de los héroes, mientras su armadura colocada sobre un soporte, se exhibe delante del estrado. Los guerreros á quienes se tributa este honor han contribuido todos á fundar el poder de los

Zioguns. Ved aquí la lanza del general Omagataro que venció al ejército de Nitta que había permanecido fiel á los mikados. Los principales honores se reservan para el célebre Iashitzoné, el hermano de ese Yoritomo de quien salía dos siglos antes la primera dinastía taikunal.

Estas armas són, un casco que choca por su pequeñez; pero se sabe que el héroe suplía su baja estatura por la destreza y por una movilidad maravillosas, y que así conseguía su fin en los combates individuales con los más vigorosos adversarios.

Dejemos que las ceremonias sigan su curso; ellas ofrecen la ocasión de presentar al público los principales personajes del drama. Ved desde luego en la primera fila, entre los miembros del Consejo, al ministro Coon-Moon, una de las potencias del día. Sus arrugas, sus cabellos grises, indican que ha pasado ya de la edad madura; parece, á pesar de esto, que el viejo señor ha conservado las pasiones de la juventud al verle olvidando la gravedad de su papel en

una aparatosa ceremonia, embargada su atención en la tribuna de las nobles damas; y fijar constantemente sus miradas en una de las bellezas más notables. Por lo demás, la dama justifica estas atenciones por el encanto de su rostro: la blancura de su cutis, la nariz aguileña, la finura y distinción de su fisonomía, hacen de ella un modelo de ese tipo que se encuentra alguna vez en la clase superior, mezclado á los rasgos de la raza mongola, como un vestigio del pueblo desconocido que conquistó el Japon y formó la nobleza del país. Esta beldad, nueva en la corte, es la esposa del joven daimio Egna; y el ministro Koono, prendado de sus encantos, ha llamado recientemente á su esposo cerca del soberano conferiéndole un empleo; y desde entonces no ha cesado de perseguir á la joven con sus declaraciones. Egna no hubiera sospechado del viejo señor sin la confidencia de su esposa; la misma vispera, ésta ha despedido con dulzura al enamorado dignatario dirigiéndole la negativa de una entrevistista, que el había

formulado en una poesía. Egna, prevenido esta vez, observa la conducta del ministro con una irritación mal contenida. Uno de sus amigos, el daimio Monomoi, que está á su lado, nota la palidez de sus facciones; con todo, esclavo de la discreción japonesa, no se informa del motivo de su turbación, y se reduce á mirarlo con disimulo.

La ceremonia ha terminado. El Ziogun ha desaparecido por detras de los tapices; su numeroso cortejo se pone en marcha por las avenidas del templo. Los señores se dirigen hácia las salidas del recinto para unirse á sus escoltas y palanquines. Egna se ha levantado silencioso; seguido de su amigo Monomoi. La casualidad lo pone súbitamente en presencia del ministro Koono: á su vista sus ojos se encienden; da un grito ahogado, desenvaina la daga y se lanza sobre su rival. Un oficial que ha notado el movimiento se precipita sobre el agresor y lo contiene por detras. Koono se desprende con la frente ensangrentada por una pequeña herida;

y Eгна es separado por fuerza. Los testigos de esta corta escena se retiran aterrados, porque el hecho de haber derramado sangre en una ceremonia pública presidida por el soberano, constituye un crimen de lesa magestad, y debe atraer sobre el culpable un terrible castigo.

El día siguiente, retirado en su palacio, Eгна manda llamar á su amigo Monomoi: le refiere los manejos amorosos del ministro Koono; le explica la escena de la vispera; y le manifiesta que está desesperado por no haber muerto á su rival, puesto que de todos modos no tiene mas remedio que sufrir la sentencia soberana, en la cual la pena de muerte no será quizás el artículo más severo.—Cosa curiosa y que representa bien el carácter japonés, mezcla de calma y de frenesí, de sumisión pasiva y de irritabilidad salvaje, despues de esta chispa de sedición y este olvido de un instante que ha puesto el puñal en su mano, el desgraciado espera con resignación el castigo, sin que la menor idea de eludir una ley tan inexorable haya

atravesado por su espíritu.—Un solo pensamiento le sostiene y le consuela, y es, que bajo la pena de deshonor, sus parientes y servidores procurarán vengar su muerte en la sangre del ministro Koono ó de los suyos.

Monomoi ha comprendido el legado que su amigo, á falta de hijos ó de próximos parientes, quiere hacerle aceptar. Monomoi se retira sin contestar aún, vacilando en empeñarse por un juramento en esta terrible empresa: ¿no tiene Eгна fieles servidores á quien incumbe este deber ántes que á otro alguno? Algunos dias despues, mientras se pasea pensativo por la galería de sus departamentos, se le acerca uno de sus más fieles oficiales; es el viejo Kavatzú que lo ha visto nacer, y que en algunas circunstancias escepcionales, apesar de la infranqueable distancia de sus condiciones, le ha dado consejos que han sido aceptados. En las frecuentes entrevistas de Menomoi y de Eгна, ha contraido amistad con el *Karo* ó primer oficial de este último; es él quien en la escena del templo se

ha arrojado sobre el brazo del daimio. Egna, Kavatzú se adelanta con aire á la vez respetuoso y resuelto. Se detiene delante de un pino joven, saca su sable y abate su copa; despues, marchando hácia Monomoi y presentándole la rama sobre su abanico abierto:—Señor, le dice, vuestro humilde servidor Kavatzú es culpable: por su culpa el principe Egna no ha podido cumplir una justa venganza, y va á perecer bien pronto. Como esta rama de pino cortada por mi sable, debe caer á su vez la cabeza del daimio Koono, así lo quieren las leyes de honor del imperio. Toca al culpable reparar el mal; vuestro servidor Kavatzú traspasado de dolor, os pide la vénia para realizar por sí mismo este proyecto.

Así, obligado á declararse, Monomoi hace promesas á su viejo oficial; y ántes de emprender nada, se informa de la suerte del ministro Koono. Este último, avido de venganza ha hecho al soberano una deposición en que el origen de su querella con Egna ha quedado oculto ba-

jo una supuesta diferencia de intereses. El Zio-gun, antes de recogerse para pronunciar la sentencia, ha ordenado el arresto de los dos adversarios en sus respectivos castillos. Los dos principes acaban de dejar la capital. No hay otro remedio pues que dejar seguir su curso á los sucesos; y todos aguardan con ansiedad el desenlace inevitable del drama inaugurado en el templo de Hatchiman.

III.

Los navegantes que recorren el mar interior del Japón, y que circulan en aquella série de estrechos y de archipiélagos que ocupan, en el corazón de un magnífico país, más de cien leguas, notan aquí y allá, sea en el vértice de una colina, sea en el fondo de alguna verde bahía, una larga muralla almenada, guarnecida de distancia en distancia de altas torres. Es el castillo de un daimio, recinto fortificado en donde, en épocas pasadas esos formidables vasallos mantenían verdaderos ejércitos. En tiempos posteriores su potencia ha decrecido; pero quizá las

antiguas veleidades de independencia y de revueltas germinarian aún tras de esos muros, si el príncipe no tuviese cerca del soberano, en su residencia de la capital, una parte de su familia en rehenes. Tal es el asilo donde Eгна se ha retirado, en el centro de su territorio, que ocupa una parte de la populosa provincia de Arima. Desde el exterior del castillo sólo el recinto es visible. Circunscribe un vasto espacio de terreno de formar rectangular. La muralla, de 30 á 40 piés de altura, formadas de esos grandes bloques irregulares, cuyo conjunto designa la arquitectura con el nombre de construcciones ciclópeas, está dominada por una galería de madera cubierta de espeso techo de tejas negras revestidas de estuco blanco, y agujereada por numerosas saeteras; del interior se vé que esta galería corresponde á la plataforma de la muralla, y que sus paredes y su techo protegen á sus defensores de los tiros y asaltos, como las empalizadas que en la edad media guarnecian en tiempo de guerra las platafor-

mas de nuestras torres El pié de la muralla se baña en anchos fosos llenos de agua. En los ángulos, y de distancia en distancia, alias torres del mismo aspecto que las galerías, y de techos curvos, elevan sus dos ó tres estancias. Una torre parecida á las otras, pero más importante que ellas, aparece en medio del recinto á través de los grandes pinos cuyos remates se aperciben por encima de las murallas: es un reducto interior aislado, verdadero mirador de donde se domina todo el sistema de defensa. Puentes levadizos conducen á una puerta maziza, la entrada de honor, y á varias poternas de servicio. Y sin embargo, franqueadas las bóvedas, nada se nota que responda al carácter monumental del recinto: una série de patios está ocupada por los cuarteles y dependencias de servicio, contruidos de madera, y sin altos, como la mayor parte de los edificios japoneses. Las construcciones ocupadas por el daimio y su familia, se distinguen por sus mayores dimensiones, y por el cuidado que se ha puesto en la elección de los

materiales, pero conservando siempre el mismo carácter de sencillez; situadas en el punto más inaccesible del recinto, no se llega á ellas sino á través de numerosos pasos, pasillos y barreras guardadas por cuerpos de guardia escalonados. Están rodeadas de jardines, á los cuales dan sus puertas las galerías de los departamentos; pequeños canales, riachuelos y estanques en miniatura, al paso que redoblan la defensa interior de este dominio reservado, concurren á su ornamentación.

Un pueblo entero vive al rededor del príncipe: su familia, sus hijos, las esposas no legítimas que las costumbres del país y las obligaciones del rango colocan junto á su hogar; además una série de oficiales ó *samrai*, empleados de todas las categorías, y criados, cuyo costoso mantenimiento, junto al obligatorio tren de su casa de la capital, absorbe todos los años las rentas de su territorio. En este país, en que las condiciones sociales son inmutables, la mayor parte de los empleos y posiciones se

trasmiten por herencia; fuera del caso en que el príncipe, disponiendo á su arbitrio de los empleos y de los sueldos, quiere recompensar servicios excepcionales ó hacer sentir su rigor á los culpables. Unas mismas familias son las que durante siglos han dado á estos señores provinciales sus servidores, sobre todos los Karos, especie de primeros ministros investidos de toda la confianza de los príncipes, y que están encargados en muchas ocasiones de representarlos y actuar en su nombre. Así es como, por una organización enteramente feudal, vive al rededor del daimio una pequeña nobleza militar, enteramente independiente del poder central, y presta á desenvainar la espada por su dueño el día que dé la señal.

En medio de este pequeño estado donde manda como rey absoluto, es donde se ha retirado Eгна bajo el mandato soberano, dejando en KamaKura á su jóven esposa que quizá no ha de ver más. Su familia lo ha recibido con las señales de respeto que debe á su soberano se-

ñor. La discreción es en aquel país la primera de las obligaciones; y faltar á ella seria en muchos casos arriesgar la vida. El Príncipe no ha hablado; y si vagos rumores, si palabras escapadas á las gentes de su escolta han podido despertar en el espíritu de los habitantes del Castillo la sospecha de graves acontecimientos callan apesar de todo. El Karo dá cuenta al príncipe del curso de los negocios ordinarios durante su ausencia; de los empréstitos contratados con los banqueros de Osa-ka; de la recolección de otoño, y de los accidentes ocurridos en la pequeña provincia. Uno sólo ha venido á interrumpir la quietud del Castillo. Dos de sus habitantes, Shimidzú, oficial de la de Egna, y la jóven Va-kaito han desaparecido á la madrugada. Estos jóvenes, enamorados hacia ya tiempo, en la imposibilidad de unirse, por la posición de Va-kaito, habian resuelto fugarse, é indiferentes á una perspectiva de miseria, ir á buscar un refugio en el fondo de cualquier campiña alejada. Pocas horas despues de su desaparición se

supo que al alba se habian presentado en un cuerpo de guardia que conduce por un pasadizo á las afueras del castillo. El único soldado del puesto llegó á desenvainar, pero herido ligeramente por el sable de Shimidzú, é intimidado por su aire resuelto, se dejó agavrotar; despues los fugitivos franquearon las últimas barreras.

Pasa un mes: el otoño toca á su fin Un dia, se presentan delante del castillo dos oficiales á caballo seguidos de su escolta. Despues de largos parlamentos destinados á constatar la identidad de los recién venidos, se dá cuenta al príncipe de que son dos mensajeros oficiales del Ziogun. Es menester que inmediatamente se bajen los puentes levadizos, que se abran las hojas de la puerta principal, y que los dos emisarios sean introducidos con todo el respeto debido, no á su rango personal, sino á la supremacia del soberano que los envia. Recibidos por el maestro de ceremonias, los embajadores hacen saber á Egna que vienen á notificarle la

sentencia del Ziogun. La sala principal del castillo está dispuesta: los enviados toman asiento en sillas de tigeria; y el que va á tomar la palabra tiene en la mano un escrito arrollado sobre un bastón de marfil. Egna, seguido de sus principales oficiales comparece delante de ellos prosternándose sobre la alfombra; y en esta actitud oye la lectura de su condenación. Pronunciada bajo las esplicaciones del príncipe ^{Koona} ~~Monomei~~, acogidas con sobra de buena fé la sentencia que en parte dictan las leyes japonesas es inexorable en su severidad. El daimio Egna esperaba la pena capital; y se consolaba pensando que la muerte por abertura del vientre ó *Karakiri*, (3) reservada á los nobles que no se han envilecido, dejaría á lo ménos á su familia su posición social, y á su futuro heredero

(3) *Karakiri*. Algunos viajeros escriben *harakiri*, en vez de *Karakiri* que otros emplean para designar el suicidio legal ó voluntario é impuesto solamente por las leyes del honor: esto hace presumir que la primera vocal debe aspirarse fuertemente, ó que la *K* tiene sonido muy débil.

ro, niño aun, los dominios de sus antepasados; más parece que su crimen es mayor, porque el edicto del soberano previene que antes de poner fin á sus dias por el Karakiri, el daimio debe entregar á los delegados su castillo y la posesión de todos sus dominios. Sus servidores serán licenciados, su familia perderá todos sus bienes y hasta su apellido, y deberá dispersarse en el destierro.

Ya pasó mucho há el tiempo en que estos altivos daimios, semi-independientes, jamás subyugados, y poderosos por la posesión de provincias enteras, hacian temblar la vieja autoridad de los mikados, y el poder naciente de los Ziogunes. Así, apesar de las sólidas murallas de su castillo y del pequeño ejército de hombres resueltos, condenados como él, que le rodean, el desgraciado Eгна se somete y obedece. Los dias siguientes se consagran, bajo la dirección de los enviados del Ziogun, á la ejecución de los últimos artículos de la sentencia. Los empleados del dominio, los oficiales, los nume-

rosos servidores del príncipe y de su familia, son licenciados; aquellos cuyo nacimiento ó empleo permitia ceñir sable, guardan este arma por todo caudal; y es del sable de lo que deberán vivir, porque los oficiales no pueden rebajarse comprando la subsistencia á costa de un trabajo de artesano. Habiendo venido á parar en *lonines*, es decir, sin señor que les pague, y sin tener recursos de ninguna especie, no les resta más recurso que alquilar sus brazos á todas las malas causas ó hacerse bandidos. Bien pronto los hallaremos viviendo de expedientes; los unos pereciendo de miseria ó en oscuras aventuras y los otros cayendo poco á poco bajo las cuchillas de los oficiales de justicia. Tales són las terribles consecuencias de esa ley que hace á toda una población solidaria de las faltas de su jefe. Tras ellos sigue una hilera de mujeres llorosas, de criadas, de niños que franquean por última vez los umbrales del castillo, y toma á pié el camino del destierro.

Ya se han dicho los últimos adioses, y el

momento es llegado en que solo falta ejecutar la sentencia de muerte. Un pabellón recubierto de planchas y cerrado con blancos tapices se ha levantado de prisa en uno de los patios del castillo. En éste recinto han tomado asiento los dos enviados del Ziogun. Algunos pasos delante de ellos hay un tapiz de paño blanco bordado de rojo. En un rincón, detrás de una mampara, se han ocultado algunos utensilios: un puñalito colocado sobre un taburete, un baño de laca ó madera y un jarrón lleno de agua, destinados á recoger y lavar los restos de la víctima. Enseguida aparece Egna cubierto con largo ropage blanco de seda; vestidura que todos los nobles desde la edad viril tienen en su guarda-ropa, y que deberán vestir el día en que les será impuesto el suicidio por una sentencia ó por el código del honor japonés. Viene á sentarse en el centro de la alfombra, y se prosterna para escuchar por última vez la lectura de su condenación. Dos de sus oficiales vestidos de blanco como él, sus testigos,

están sentados más atrás; á su lado, de pié se coloca otro oficial sin más arma que su sable; éste servidor, elegido entre los mas fieles, tiene la triste misión de rematar á su señor decapitándolo para ahorrarle los padecimientos de una lenta agonía. Terminada la lectura, se le presenta á Eгна el taburete con su puñal; Eгна se desciñe el cinturón y lo arrolla lentamente al rededor de la hoja dejando algunas pulgadas descubiertas; despues, empuñando resueltamente el arma con la diestra, se hace de un solo movimiento una profunda incisión en las entrañas, de una cadera á la otra. La calma de sus pálidas facciones no ha sufrido alteración; y en el momento en que cae hácia adelante, brilla la hoja del sable, y la cabeza del condenado rueda á los piés de los jueces.

Los oficiales testigos de esta última expiación de su dueño, deben desaparecer á su vez, despues de haber confiado el cadáver á los sacerdotes de una bonceria vecina que le darán sepultura. Una veintena próximamente, y en-

tre ellos el Karo Kori y su joven hijo, franquean los últimos el recinto del castillo, sobre cuyo muro flota ya el pabellón del Ziogun. Nori volviéndose sobre el dintel de la puerta, contempla por última vez el escudo de su señor, y luego mira un puñal que tiene en la mano, presente que recibió de él en días más prósperos, como testimonio de su celo. Estos hombres cambian una mirada que los confirma en la resolución que han adoptado ya antes de alejarse de estos lugares malditos; sin señor, y no dependiendo en lo sucesivo más que de sí mismos, acaban de comprometerse por juramento á vengar su muerte: en el alma de un verdadero *samourai* no cabe otra alternativa. Se separan, despues de haber designado un lugar de cita para de allí á 30 días en los arrabales de la capital.

IV.

El lector, en este período del drama presente ya las trágicas peripecias que se preparan. Con todo, los autores japoneses conformándose con las sanas tradiciones de la composición dramática, han agrupado al rededor de la acción principal una serie de incidentes que permiten conocer mejor los personajes secundarios del drama, interesándonos así por su suerte. Encontramos desde luego los fugitivos del castillo de Egna, Shimidzú y Vakaito, refugiados en los confines de la provincia en casa de los ancianos padres de la jóven, que los han acogido. Ellos toman parte en sus trabajos, y viven, felices hasta entonces, siguiendo las costumbres del campesino japonés, pobre é impotente para salir de su condición, pero pacífico é indiferente á

las tempestades que rugen por lo alto sin descender á su humilde esfera. Bien pronto, con todo, las tristes nuevas del castillo les llegan como un vago rumor; despues, los lonines, antiguos servidores de su príncipe, dispersados en el país, á los cuales Shimidzú se ha descubierto, desvanecen sus dudas, refiriéndole la catástrofe y lo invitan á afiliarse en su complot de venganza. El dia en que Shimidzú regresó portador de estas tristes nuevas fué de luto para la cabaña; y el pesar de los fugitivos se redobla ante la idea de que han abandonado á su señor en semejante ocasión. Con seguridad, Shimidzú se unirá á sus antiguos compañeros de armas y se esforzará en espiar su falta; mas para alejarse, para vivir algunos meses quizá en diversos lugares sin despertar sospechas, se necesita un repuesto de fondos, y en la miserable cabaña donde se vive al dia de una pequeña parte de la cosecha, no hay ni una moneda de plata. Vakaito, asaltada de una inspiración súbita, recuerda entonces que la

fuga se ha debido principalmente á sus ruegos y declara que la más culpable de los dos no debe retroceder ante su parte de sacrificio. Que le permitan pues venderse su padre y su marido por un cierto número de años en *yoshivara de Kamakura*; es el cuartel de las casas de juegos, y de las teterias donde se alojan las cortesanas. Su belleza y educación aseguran á su familia una suma bastante redonda en cambio de su libertad. Todos aceptan con tristeza pero sin vacilación este supremo recurso. Por lo demás, en las ideas japonesas, semejante vida no parece que haga perder irrevocablemente la estima de la muger; viniendo dias mejores, su esposo podrá volverla á su hogar donde encontrará la misma posición que la pasada. ¿No tiene ella para animarla y para hacer aceptar su sacrificio el recuerdo de aquella noble castellana que no há mucho, á precio de igual sacrificio, del que hizo participar á las damas de su servicio, adquirió grandes sumas y permitió á su familia empe-

ñada en una lucha de esterminio, hallar su salvación en la continuación de la guerra? El retrato de esta gran señora es cuasi tan popular en el Japón como el de sus héroes; él recuerda á las desgraciadas excluidas de la sociedad, que esta conserva aún para ellas ciertos respetos y ciertas indulgencias. Parece, por otra parte, que en esto no hay más que justicia, porque á la edad en que comienza para ellas esta vida, no tienen de ningun modo la libre disposición de si mismas.

El sacrificio consentido por el esposo y por los padres de Vakaito, se lleva inmediatamente á ejecución. La jóven se pone en marcha llevada por dos corredores en un *Kango*, modesta caja con varales usada por la gente del pueblo. El viejo ha calzado sus polainas de viage; se ha puesto un sombrero de bambú trenzado, de anchas alas; se ha envuelto en la rústica capa de paja que las gentes de humilde condición llevan en invierno, y que les hacen parecer de lejos á movibles haces; y si-

gue á pié el Kango con su báculo en la mano. La semana siguiente regresa solo por los mismos senderos. El lúgubre contrato no se concluyó sin dificultades; y vuelve llevando en las alforjas la suma, considerable para un hombre del pueblo, de 50 rios, que hacen cerca de 200 pesetas. Al aproximarse á su morada, el anciano se resuelve á doblar la etapa y viajar de noche, para no enterar á sus vecinos del regreso, ni demorar la partida de su yerno. Este, justamente se halla de caza á tal hora en los alrededores; pues inhabil para los trabajos del campo, trata de utilizar este recurso, prohibido á los paisanos, para obtener precarios medios de subsistencia. Al acecho, al borde de un sendero que atraviesa un barranco, espera el paso de un javalí cuyo rastro ha observado.

Otro hombre, á la misma hora, está al acecho cerca de él, á 100 pasos quizá; es uno de esos salteadores que no retroceden delante del asesinato, y que, desarmados en apariencia,

llevan un sable corto y afilado oculto en sus vestidos. Este miserable ha observado al paisano en la hospedería de la última etapa, y ha sospechado su riqueza: lo ha visto partir y ha salido á esperar al camino. La noche es lluviosa y oscura: el anciano desciende penosamente por el barranco resbalando sobre el húmedo terreno. Derepente una mano lo coge por la garganta: apenas ha podido articular un ahogado grito, cuando una cuchillada violenta lo derriba al suelo. El ladrón se apodera de sus alforjas, y se apresura á registrar el cadáver. Shimidizú, apesar de su firmeza habitual, no ha oido sin sobresalto este grito sofocado; pero enseguida el ruido producido por voces en la maleza llama su atención: allí está el jabalí que sale descuidado al sendero; Shimidizú le dispara su ballesta cuasi á boca de jarro. El animal dá un brinco, y se precipita corriendo por la pendiente del camino: pasa á galope por el lado del cadáver, y desaparece de nuevo en la espesura mientras que el matador, asustado por la apa-

rición de la enorme bestia. apenas tiene tiempo de lanzarse al ramaje de un árbol.

Entre tanto Shimidizú ha salido de su escondite; y, ballesta en mano, avanza sobre el sendero, donde sigue con dificultad las huellas del animal herido. A una vuelta del camino cae súbitamente bajo el haz de luz de una linterna de mano. Un hombre armado está delante de él; en su uniforme, en los emblemas pintados en el papel dado de aceite de su linterna, Shimidizú ha reconocido un portador de despachos del gobierno. El corredor acaba de pasar por delante del cuerpo del anciano; y encontrado á algunos pasos un hombre de aspecto miserable y aire resuelto que tiene en la mano una ballesta con el arco distendido, no duda un momento que aquel sea el asesino. El oficial se contenta, apesar de esto, con examinarlo atentamente, cambia con él un breve saludo, continúa su camino, y dá cuenta de los hechos en el primer puesto de policía del pueblo próximo.

Durante este tiempo, el verdadero asesino se

ha alejado. Shimidizú, emprendiendo de nuevo la persecución del animal herido, tropieza bien pronto con el cadáver tendido sobre el sendero. Reconoce al anciano, con la faja arrancada y sin las alforjas. atestiguándole estas cosas el robo que ha seguido al crimen. Refiere el suceso en la cabaña, y la suegra enloquecida y persuadida de que es él quién ha cometido el atentado, lo cubre de improperios. El desgraciado Shimidizú permanece inmóvil abismado en un profundo estupor, sin pensar en contra decirlo. Al día siguiente los oficiales del gobierno llegan á la aldea; y guiados por el rumor público que los gritos de la vieja han suscitado ya, se presentan en la cabaña para prender á que ellos llaman el matador. A esta acusación Shimidizú los conduce junto al cuerpo que yace sobre el sendero, descubre la herida que es la de la hoja cortante de un sable, y les hace observar que su ballesta no ha podido dar semejante golpe. Los oficiales de policía le ordenan con todo que los siga á la ciudad, porque sus pre-

venciones se fortifican observando mejor á este hombre cuyas maneras no son las de un paisano. A este último golpe de la suerte el desgraciado se vé comprometido sin esperanza, y obligado á abandonar toda idea de incorporarse á sus compañeros: Shimidizú entra un momento en el fondo de la cabaña, desembaina su sable y se lo hunde en el pecho. Los oficiales abandonando los dos cadáveres se alejan satisfechos, porque su misión está cumplida desde el momento en que el pretendido culpable se ha hecho justicia.

En esta lúgubre série de peripecias apenas presenta un cuadro en que se repose de esas escenas de muerte en que los actores del drama desaparecen uno trás otro, víctimas voluntarias ó no. No se puede ver en todo esto una exageración dramática; fuera del encadenamiento fatal de los hechos, es una pintura bastante fiel de las costumbres feudales de este pueblo, y la expresión del desprecio de la muerte, de la indiferencia por la vida que caracteriza las ra-

zas del extremo oriente. Si alguna vez la narración tiende al idilio, recobra bien pronto á favor de un incidente su aire primitivo.

Una escena nos presenta á una jóven perteneciente á la clase de los *samurai* viajando sobre el *tokaido*, gran calzada que enlaza las principales provincias del Japón á la capital. Su madre y algunos servidores la acompañan: confortables *norimones* sirven de vehículo á las dos mujeres, y á menudo, para romper la monotonía de estas largas jornadas, hacen á pié, delante de su gente, una parte del camino. Es aun el fin del otoño, la estación de los viajes en el Japón; vivificado el aire por las primeras brisas del Norte atempera los calores de un sol brillante; los árboles resinosos los grandes robles verdes y los laureles, los bosquecillos de camelias de sombrío follage, dan al paisaje medio desnudo un fondo de verdura que presta á las campiñas del Japón, aún en invierno, el riente aspecto de un parque sin fin: el pico del Fudsiama, ya cubier

de nieve, domina el horizonte con su masa de una blancura deslumbradora. El padre de la joven viagera es el viejo Kawatzú, ese servidor del daimio Monomoi que ha aconsejado á su dueño la venganza del honor y de la muerte de Egna en la persona de su enemigo. Monomoi, conmovido por el fin trágico del príncipe y retenido por el respeto que le inspira la justicia soberana, no ha salido de su castillo. Kawatzú le ha hecho compañía: un mensaje de Hori, el antiguo Karo de Egna, ha venido á pedirle una entrevista secreta entre su hija y el hijo de Hori, desposados algunos años há. Se han citado á una aldea del tokaido, no lejos de la capital. La joven ha partido pues con pié ligero y corazón alegre; pues apesar de la catástrofe de la casa de Egna, espera todavía: ¿porqué no podrá su padre, anciano y sin hijos, adoptar á su desposado para que le suceda en su cargo en el castillo de Monomoi? El anciano no participa de las esperanzas de su hija; conoce el carácter de su amigo Hori, y, juz-

ando por sus propios sentimientos los sentimientos de los servidores de Egna, adivina los proyectos que su amigo debe perseguir en aquellos momentos. Disfrazado de peregrino, parte detrás de las mujeres, y las sigue á una jornada de distancia. En la aldea fijada para la cita una escena nos lo demuestra á la espera detrás de una empalizada, bajo la galería de la casa en que Hori acaba de recibir á su mujer y á su hija. Hori les expone que ha querido verlas por última vez, pero que en adelante deben cesar todas las relaciones entre las dos familias: Kawatzú ¿no detuvo en efecto el brazo del daimio Egna el día de la ceremonia del templo de Hat-chima, salvando la asívica de su enemigo? Sin esta intervención funesta, su dueño hubiera muerto á lo ménos despues de satisfacer su venganza. Kawatzú que lo ha oido todo abre á estas últimas palabras su vestidura, toma un puñal, y practica en sus entrañas la incisión del Karakiri; reanuda su faja y se arrastra al umbral de la habitación. Las desgraciadas mujeres salen de esta

entrevista en que han perdido toda esperanza, y hallan al anciano ensangrentado y á punto de espirar, aun que le queda fuerza para decirles— Yo he intervenido, por desgracia, entre los dos príncipes; despues he aconsejado á mi señor que vengara á su amigo, y no ha podido seguir mis consejos. Despues de esto ¿qué fiel servidor osaría sobrevivir á su honra? Soy ya demasiado viejo para redimir mi falta; mi débil brazo ya no puede sostener el sable, y así no me quedaba más salida que la muerte. Yo desaparezco, pero Hori y los suyos podrán protejerlos aun. A estas palabras comparece Hori y promete que así será; y despues de cumplir con los últimos deberes que reclama el cadáver de su amigo, ayudado de las dos mujeres, las decide á regresar al castillo del daimio Monomoi. Mientras ellas lo efectúan con el corazón entristecido por el presente é inquieto por el porvenir, Hori y su hijo emprenden el camino de la capital.

V.

Ha llegado el invierno. Los lonines de Egna obedeciendo al santo y seña de su jefe, han llegado por pequeños grupos á Kamakura. Acrecida por sucesivas afiliaciones, su tropa se compone ya de 47 hombres resueltos. Los unos, y en este número está Hori y su hijo, afectan vivir en una negligente alegría y una disipación que aleja toda sospecha de sus proyectos. Sus compañeros han dejado las armas, y, vestidos como gente del pueblo, se han dispersado en diversos cuarteles. Un comerciante, antiguo agente de negocios del daimio Egna que de mucho tiempo estaba en relaciones con los oficiales del príncipe, los recibe en su morada: en el fondo de su habitación se halla uno de esos vastos almacenes de paredes espesas, á prueba de fuego, en que los comerciantes

amontonan las mercancías más preciosas; los lonines pueden tener sus conciliabulos en este recinto al abrigo de todo oido y de toda mirada indiscreta. Allí es donde se reunen desde su llegada para comunicarse las nuevas y discutir definitivamente sus proyectos de venganza. El ministro Koono, llamado á sus importantes funciones y vuelto completamente á la gracia del príncipe despues de algunas semanas de destierro, vuelve á habitar cerca del soberano su hiaski (palacio) de Kamakura. Esta circunstancia es eminentemente favorable á sus adversarios; en medio de su provincia, detrás de los muros de un fuerte castillo, rodeado de una población de súbditos fieles, el daimio hubiese desafiado indefinidamente sus ataques; una tropa de forasteros ni siquiera hubiera podido permanecer algunas horas en la provincia sin hacerse sospechosa. Este pronto regreso á la ciudad cambia completamente la situación; y nuestro Karo no podria elegir mejor teatro para arriesgar su aventurero proyecto.

Y sobre todo, vive en ese cuartel solitario que habitan los altos dignatarios, de callejuelas desiertas y de avenidas rodeadas por los grandes setos de las boncerias, tan propias para una emboscada. Los conjurados espian desde sus escondrijos las idas y venidas del ministro; pero este va siempre entre sus guardias, y no ignora que despues de la muerte de su rival los oficiales *lonines* de este principe tratarán de sorprenderlo en un momento dado. El ministro no sale de su palacio, donde se le vigila con cuidado, mas que para visitar al *ziogun*; una escolta más numerosa que la ordinaria rodea su *norimon*, dentro del cual va sentado y con la mano puesta sobre la empuñadura del sable, presto á apearse y secandar á su servidumbre. Mas de una vez, detras de los pilares de un templo ó á través de la brecha de una empalizada abandonada, sus guardas han sorprendido á la caída de la tarde ó en algun dia sombrío de invierno, dos ojos ardientes que espian el cortejo. Su número y su actitud han hecho

abandonar á Hori y á sus cómplices la idea de una agresión en pleno día; renunciando para lo sucesivo á una lucha por lo ménos muy incierta en tales condiciones. Los conjurados maduran la ejecución de un ataque nocturno al *hiaski* mismo del enemigo, tentativa en la cual cifran su última esperanza.

Las escenas del drama versan en adelante sobre un solo objeto, la preparación minuciosa de esta expedición. Los lonines redoblan la prudencia para ocultar sus conciliábulos, y su astucia para estudiar las defensas del enemigo. Unas veces vemos á Hori y á su hijo, inclinados sobre un plano desarrollado, trazar líneas que representan el recinto rectangular del *hiaski* de Koono, sus empalizadas interiores, el plano de los edificios privados del palacio con su pasadizos; y el emplazamiento de los cuerpos de guardia. Otras veces vemos á los combatientes preparando sus armas para la lucha, que será sin duda empeñada: les vemos afilar sus sables, ajustar los hierros de las lanzas, disponer gar-

fios y escalas de cuerda, una pesada maza y achas para forzar las empalizadas. Se previene cada uno de las piezas esenciales de una armadura de combate, que comprende el casco con su cubre nuca articulada, la cota de malla la coraza, y los brazaes de malla revestida de laminas de hierro. Un socorro inesperado les ha venido, en circunstancias en que no se hubieran atrevido á fiarse de persona alguna; en aquella vida de disipación que algunos de ellos fingian llevar, un paseo casual por el cuartel de *ejoshi-vara* los ha puesto en presencia de la desgraciada Vakaito que pretende tomar parte en su empresa. Contrariado al principio, acaba Hori por fiarse en vista de la adhesion que manifiesta la antigua servidora de Egna. Hori la emplea como espia para sorprender los secretos del enemigo. ¿Quien desconfiaría de una muger de tan baja condición cuya decadencia social nadie conoce? Vakaito atrae á su casa á los oficiales del ministro Koono. A favor de las alegres comidas y de las libaciones del sakki, el más

callado de los japoneses pierde su reserva; bien pronto la cortesana pasa algunas horas en el palacio del príncipe; y allí observa los pasadizos, la disposición de los lugares, las costumbres de los moradores, y cada vez da á sus amigos una cuenta fiel de sus observaciones. Los conjurados adquieren por este medio un conocimiento perfecto de las defensas del palacio; y el jefe formando un plan definitivo de combate, distribuye á cada uno su papel.

El momento fijado para el ataque ha llegado ya. Es una sombría noche de invierno; con todo, el manto de nieve que cubre el suelo arroja una claridad suficiente para poderse reconocer en el combate. Con este objeto los combatientes se han revestido de *djin-baoris* iguales, capa que se pone encima de la armadura, formando dentelladuras blancas y negras fácilmente visibles en la oscuridad.

Reunidos durante las primeras horas de la noche en el fondo del almacén de su cómplice, los 47 guerreros reciben por última vez las

instrucciones de su jefe; y, ayudándose los unos á los otros, se ponen y sugetan sólidamente las diferentes piezas de su armadura; después, saliendo por dos ó tres callejuelas diferentes, se reúnen al momento en una encrucijada vecina para ponerse en marcha en un solo grupo. Después de dos hombres que van á la descubierta, avanza Hori al frente de los suyos; un silvato de mando pende á su cintura, y el hombre que le sigue lleva el *taiko* ó tambor de guerra. El grueso de los combatientes se aprieta detrás de ellos, y oculta cuanto le es posible las largas lanzas y los garfios aserrados. Delante de esta masa sombría de estrafños perfiles que avanza silenciosa sobre la nieve los transeuntes huyen asustados; los soldados de servicio de los puestos de policía se guarecen presurosos en sus reductos, y su garganta se niega á articular el quién vive.

La tropa atraviesa la ciudad mercantil, franquean el límite del cuartel noble y llega al palacio del daimio Koono, El recinto rectan

gular, unido por un lado á otra residencia vecina, está rodeado en lo demas del contorno por una callejuela. La tropa se distribuye conforme al plan convenido; unos se apuestan para vigilar las tres avenidas, mientras que un pequeño grupo queda presto á escalar el muro que separa los dos *hiaskis* y observar durante el combate esta vía de retirada del enemigo. Llama un conjurado á una pequeña puerta de servicio, vendiéndose por un criado á quien se ha hecho tarde, y cuyo nombre toma. Apenas el portero ha entreabierto, cuando es sorprendido, arrastrado fuera y decapitado. En pocos segundos los asaltantes han invadido el pequeño patio que sigue á la entrada, y dos criados dormidos sufren la misma suerte. Horí penetra despues y se hace izar sobre el techo de la habitación de la guardia. Resbalando sobre las tejas, llega á salvar con su cabeza el lomo del tejado; y desde este punto observa algunos instantes los patios y las empalizadas interiores. Esta rápida inspección le ha permitido

comprobar la exactitud de sus noticias y la seguridad de su plan de combate: un silvido dá la señal del ataque simultáneo sobre los diferentes puntos del recinto.

Entre tanto, los guardias á quienes toca la vela aquella noche, al ruido insólito que hasta ellos llega, esparcen la alarma en todos los pátios del hiaski. Los dormidos defensores se despier-tan, atan apresuradamente el cinturón de su traje de noche, y se precipitan sobre las lanzas y los sables que guarnecen el astillero. Ya los asaltadores agrupados en el interior del recinto y luchando con los primeros obstáculos de este dédalo que presenta toda morada de un noble japonés, han rechazado algunos cuerpos este-riores de guardia poco numerosos, y que ba-tiéndose en retirada combaten muellemente. Hori, sobre un punto central, vigila los grupos cuyo ruido indica la marcha progresiva, y diri-je los principales ataques.

Bajo los golpes de las achas y de la pesada maza las puertas y las empalizadas vuelan he-

chas pedazos; los asaltantes se aproximan así á los departamentos privados del príncipe. Se adivinarian en el número creciente de los defensores que acuden: armados con precipitación, no han tomado más tiempo que el necesario para ceñirse la ropa á la cintura, de sujetar al cuerpo por una especie de tirantes las flotantes mangas de su ropa á fin de desembarazar los desnudos brazos y poder manejar el sable, y de ceñir la frente con una fuerte banda de tela destinada á amortiguar los golpes del adversario. El combate se encarniza. Los servidores del príncipe cumplen su deber con brabura; pero, ¿cómo luchar con hombres armados de piés á cabeza á quienes apenas alcanzan pequeñas heridas? Caen unos tras otros, reducidos á dejarse matar para prolongar la resistencia y dar á su señor tiempo para huir.

Tan rápido y seguro ha sido el ataque, que el principal grupo de los asaltantes ha llegado á los departamentos privados de Koono. Las mujeres y los servidores enloquecidos de terror

han huido á los jardines ó se han ocultado bajo los pisos de las habitaciones. Se previene al viejo daimio que las avenidas de su morada están tomadas: en este momento, uno de los suyos tiene la presencia de espíritu de levantar uno de esos *kakemonos* ó largos rollos de dibujos colgados en las paredes del aposento, y de abrir con su sable el delgado tabique de madera estucada; el viejo se lanza por esta abertura á un pasadizo que conduce á las dependencias de la habitación; despues el rollo vuelve á caer sobre la pared. En esta estancia donde han caido uno á uno los defensores bañados en su sangre, penetra Hori en pos de sus hombres; detras de una mampara descubre los colchones y los cubre-camas del daimio, reconocibles por los blasones bordados sobre las telas. La cama está vacía, y parece, gracias al órden reestablecido precipitadamente, no haber estado ocupada aquella noche; pero Hori asaltado de una inspiración súbita, mete la mano en ella y halla que los colcho-

nes aún estan calientes en el lugar ocupado por el cuerpo. El príncipe no está lejos pues; y el grueso de los conjurados emprende su persecución, mientras algunos otros tienen en respeto y agarrotan los últimos defensores.

Unas huellas solitarias parten de la espalda de la habitación, y seguidas sobre la nieve, no tardan á delatar el retiro del fugitivo. Embutido en un sotechado entre sacos de paja llenos de carbon, pasa la angustia de oír á los conjurados aproximarse poco á poco; los pasos resuenan debajo del sotechado; las astas de las lanzas sondean los rincones oscuros; y bien pronto un brazo vigoroso lo coge y lo arranca de su escondrijo. Arrastrado por la nieve medio desnudo, el príncipe es presentado á Horri que acude y lo reconoce. Viéndose irrevocablemente perdido, el anciano no resiste, agotadas sus fuerzas; y abatida su cabeza de una cuchillada, rueda á los piés de su implacable enemigo. El tambor de guerra anuncia á los combatientes el éxito de la empresa; se re-

pliegan al rededor de su jefe, y dejan inmediatamente el recinto del hiaski. Uno de ellos lleva envuelta en una tela de seda la cabeza del que fué el ministro Koono.



VI.

Cerca de una hora despues del combate, el grueso de *los lonines* ha ido á rendirse voluntariamente y entregar las armas en el cuerpo de guardia del castillo del Ziogun; algunos sin embargo, y entre ellos Hori y su hijo, tienen aún un deber que cumplir. El alba los halla ya lejos sobre el camino del tokaido. Sin armaduras ya, vestidos de simples viajeros, llevan en un bote de laca la cabeza del daimio. En algunas jornadas han entrado en la provincia de su antiguo señor; allí cerca de los muros de una boncería, á la sombra de árboles sagrados, entre las más vulgares tumbas, se eleva el sencillo monumento donde reposan los restos del príncipe Egna: deponen en las baldosas, al pié de la losa funeraria, la cabeza lívida de

Koono, y, prosternados en el suelo, dan testimonio á su señor de que su muerte ha sido vengada.

Cumplido este último deber, Hori y sus compañeros de viage regresan á la capital, y van á unirse á sus cómplices en su voluntario encarcelamiento. Les espera á todos una muerte inevitable por haber llevado en plena paz la guerra al seno de la ciudad bajo los muros mismos del palacio del Ziogun, haciendo perecer á un hombre de alto rango. Así lo dice la sentencia pronunciada contra ellos despues de un corto interrogatorio; pero como el móvil de su crimen ha sido el noble sentimiento de la venganza, y que lejos de rebajarse se han mostrado dignos de su casta, la sentencia los admite á darse la muerte por el Karakiri. El sentimiento público ratifica la sentencia; durante los pocos dias que se les ha concedido para ordenar sus negocios, los 47 condenados reciben en el templo que les sirve de prisión los homenajes de numerosos visitantes; todos

quieren ver las interesantes víctimas, y penetrarse, á la vista de estos fieles servidores, de una noble emulación. Los 47 salen por última vez; van á prosternarse delante de la tumba del ministro Koono, y se escusan humildemente de haber, simples samourai, puesto la mano sobre tan poderoso príncipe; dos dias despues ante los oficiales de justicia reunidos en el recinto del templo, y rodeados de una muchedumbre elegida, se abren el vientre uno tras otro; y así sufren con la firmeza que no les habia abandonado un instante, el suplicio de los nobles que no han faltado al honor.

FÉ DE ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice.	Léase.
5	8	sepulcros	sepulcros de los
12	17	Koons-Moons	Koono-Moono
26	10	Monomoi	Koono
31	1	Nori	Hori
37	15	voces	roces